

Discriminación y segregación

Quién lo iba a decir. España fue durante siglos cantera de emigrantes hacia ultramar, primero, y luego hacia otros países transpirenaicos. El reflujo de la historia nos hace ser ahora huéspedes de la nueva y generosa corriente de inmigrantes que proceden de los países más pobres. Contra ellos se dirigen más propiamente las actitudes de rechazo.

No se trata de un genérico «odio a los extranjeros», ni siquiera dirigido sin más contra los que son de otra raza. No hay, pues, xenofobia o racismo a secas. La prueba es que nadie expresa actitudes negativas contra la colonia japonesa o contra los futbolistas u otros deportistas de color. La discriminación se produce contra los grupos extranjeros que son de otra raza, pero cuando se manifiestan como pequeños guetos, en ocupaciones de dudosa legitimidad o simplemente ancilares, que en definitiva se ven como una amenaza. La discriminación no es tanto contra los extranjeros, sino contra los extraños. Mucha gente se siente a disgusto si no le rodean «los suyos». Es un curioso sentimiento de regresión a la tribu primordial. La entrada de una corriente caudalosa de trabajadores extranjeros, dedicada a labores serviles, produce automáticamente un descenso de los salarios reales. Este hecho provoca una reacción de disgusto y rechazo por parte de los afectados, esto es, de los que ven empobrecido

**AMANDO
DE MIGUEL**

«La discriminación se produce contra los grupos extranjeros que son de otra raza, pero cuando se manifiestan como pequeños guetos, en ocupaciones de dudosa legitimidad o simplemente ancilares, que se ven como una amenaza.»



«Los datos de los estudios sociológicos más recientes indican que las actitudes de discriminación se mantienen en estado larvado y no se corresponden con la hipotética "ola racista".»



su poder de contratación laboral. Al mismo tiempo, la clase alta, beneficiaría de esa nivelación a la baja del mercado laboral, puede presumir de una cierta actitud de tolerancia y liberalidad respecto de los inmigrantes. Ese liberalismo un tanto hipócrita de los de arriba se asienta sobre la realidad de que disponen de una cohorte abundante de trabajadores serviles y serviciales, dispuestos, además, a cobrar en dinero negro y con escasas exigencias en las condiciones laborales.

Por otro lado, las clases acomodadas ven con alarma la nueva invasión de los extranjeros de otras razas por si pudieran mezclarse con la suya y diluir la sangre exclusiva. Es evidente el atractivo sexual con que se presentan muchos individuos de las etnias exóticas. Atracción y odio se mezclan cuando son sentimientos extremos.

Así pues, tenemos dos tipos de discriminación: el que ejercen, por interés, las clases bajas y el que manifiestan, por principio, las clases altas. Son dos realidades muy diversas y necesitaríamos palabras distintas para designarlas. Pudiera valer discriminación y segregación. De momento, los datos de los estudios sociológicos más recientes nos indican que las actitudes de discriminación («nos vienen a quitar el pan») o de segregación («no queremos que se relacionen con nosotros») respecto a los inmigrantes extranjeros se mantienen en un estadio larvado y casi podríamos decir que tímido. No se corresponden con la hipotética «ola racista» o «xenófoba», más bien magnificada por los medios de comunicación, ansiosos de drama. El rechazo existe, desde luego, contra los inmigrantes extranjeros (principalmente negros o «moros»), pero es mucho más fuerte si el estímulo es el de la convivencia con los gitanos o con otros grupos marginados, como miembros de sectas destructivas, drogadictos, alcohólicos o sidosos. Los lectores más interesados pueden comprobar las anteriores conclusiones en los datos de una reciente encuesta publicada en mi libro *La sociedad española, 1992-93* (Alianza). Ahí se citan, además, datos de otras encuestas de DATA y de GIREs, institutos privados que han elaborado distintos estudios, conducentes por lo general a las mismas conclusiones. Estas revelan un clima social bastante más mesurado del que se deriva de los reportajes de los medios de comunicación. Claro es que hay que considerar la cautelosa actitud de las personas que responden a las encuestas. A estas alturas ya se sabe que no hay que parecer racistas. Se trata de una manifestación socialmente mal vista y por lo tanto se disimula todo lo que se puede. Bien es verdad que unos la ocultan más que otros. Es ahí donde podemos establecer interesantes diferencias con el análisis pormenorizado de los datos de las encuestas. Está claro, por ejemplo, que a medida que ascendemos por la escala social se aprecia más la disposición a rechazar como vecinos a los gitanos, los alcohólicos (habría que entender los extremos) o los que han pasado por la cárcel. Aun así, la máxima segregación que supone el

35% de personas que rechazarían a los gitanos como vecinos no supone un techo alarmante. Después de todo, esta operación de elegir la categoría de los vecinos se despliega siempre que se puede. Lo mismo pasa con los amigos.

Más que la clase social cuenta la ideología. Así, por ejemplo, sólo un adulto de cada diez, autocalificado de izquierdas, rechazaría a los negros como vecinos, proporción que se eleva a una de cada cuatro personas cuando estas se consideran de derechas. La diferencia no es todo lo real que parece. El efecto de disimulo social, al que acabo de referirme, probablemente afecta más a las personas que se consideran de izquierdas, sobre todo si cuentan con un grado educativo suficiente. La noción de discriminación laboral se deriva de la pregunta de si «el Estado debe ayudar a los inmigrantes extranjeros». La contestación negativa es más típica de las personas con un bajo nivel educativo, es decir, las que van a entrar más en competencia con esos inmigrantes. Cuando el nivel educativo es más elevado, lo que pesa es el factor edad: los que superan los 50 años son los más reacios a admitir la acogida de los inmigrantes por el Estado de bienestar. Al final, es la extraña combinación de clase baja e ideología conservadora la más pro-

propicia a ese rechazo de la ayuda oficial a los inmigrantes extranjeros. Siempre se ha dicho que ésta es la combinación más proclive al fascismo. También se sabe que lo que llamamos prejuicios étnicos surgen de las personas con una ideología conservadora y situados en posiciones modestas. Son ellas las que temen la «invasión» de los extranjeros, o mejor, de los extraños.

Cuando se ofrece el estímulo de la posibilidad de que una hija se fuera a casar con un negro o un gitano, afloran otra vez las actitudes de segregación. En ningún caso se llega a la mitad de las personas consultadas con esa disposición negativa, pero encontramos otra vez interesantes diferencias. Así, la segregación contra los gitanos es algo mayor en todos los grupos que la que se manifiesta contra los negros. Aquí la combinación más segregacionista se produce en la clase alta con ideología conservadora. Es ahí donde ha preocupado siempre la «limpieza de sangre» porque, donde hay propiedad, cuenta más la estirpe, los apellidos.

En síntesis, lo que se suele llamar racismo o xenofobia no es una única actitud ni se acomoda bien a esas palabras. Hablaríamos mejor de discriminación o de segregación, en el bien entendido de que esas expresiones tampoco son sinónimas. Se rechaza a los extranjeros por diversas y a veces encontradas razones. El Estado o las organizaciones cívicas no pueden hacer que se borren del todo esas reacciones primarias, irracionales. Lo que se puede lograr es que los núcleos de «extraños» (sean extranjeros o marginados por distintas razones) no resulten una amenaza para la sociedad establecida. Por ejemplo, el que se pongan

«La ayuda que presta el Estado benefactor a esas minorías desasistidas puede generar resentimiento en otros ambientes de clase humilde. La labor pedagógica sobre este particular resulta muy difícil.»



«Los conflictos racistas en otros países tienen un efecto mimético. Estamos ante los límites de la racionalidad humana. Las actitudes son universales, donde hay razas hay racismo.»



restricciones legales a la inmigración hace que las colonias de extranjeros tiendan a concentrarse en guetos mal instalados, corrompidos por las mafias y próximos a situaciones de delincuencia. Por otro lado, la ayuda que presta el Estado benefactor a esas minorías desasistidas puede generar resentimiento en otros ambientes de clase humilde, pero no tan llamativos. Como puede verse, la labor pedagógica sobre este particular resulta muy difícil.

Hay que tener en cuenta, por último, el efecto mimético que supone la exposición a los conflictos racistas en otros países. Ya es curioso que los grupos que más presumen de orgullo nacionalista sean, por este lado, los imitadores de las conductas de rechazo más violentas, que se dan en otras latitudes. Pero así es. Estamos ante los límites de la racionalidad humana. Hay un punto final inexplicable para el sociólogo en esas actitudes de disgusto por la convivencia con los «extraños». Lo único que se puede decir — y no es consuelo — es que son universales. Donde hay razas, hay racismo. El crisol étnico sólo a duras penas ha funcionado en la historia y después de no pocos sobresaltos y retrocesos. Esperemos no estar ante uno de esos saltos hacia atrás.